

Biografías políticas de la España liberal

Carlos Dardé

Universidad de Cantabria

Resumen: El artículo analiza cuatro recientes biografías sobre destacados personajes políticos españoles del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, que confirman el excelente estado que actualmente atraviesa el género biográfico en España. Después de tratar de la novedad que suponen estas obras y describir su contenido, se exponen algunas consideraciones generales sobre la información que proporcionan, la calidad de la interpretación, la componente literaria, la ejemplaridad de los personajes y el grado de identificación de los autores con ellos.

Palabras clave: biografías políticas, España liberal, Isabel II, Germán Gamazo, José Sánchez Guerra, Juan March.

Abstract: The article deals with four recent biographies of some of the most important people in the political scene in Spain during the nineteenth century and the first half of the twentieth century. These books confirm the excellent situation of the biography genre in Spanish historiography. After analyzing the novelty and the content of the studies, it concludes with some general considerations about the information given by them, the quality of the interpretations, the literary component, the exemplarity of the subjects of study, and the degree of identification of the authors with them.

Keywords: political biographies, Liberal Spain, Isabel II, Germán Gamazo, José Sánchez Guerra, Juan March.

Que la biografía política atraviesa hoy en España un excelente momento es un lugar común que las obras objeto de esta recensión vienen a confirmar. Lejos —en el recuerdo que no en el tiempo— quedan aquellos años ochenta del siglo pasado en los que el género biográfico dejó de ser considerado un género menor. Desde entonces, y sólo en relación con la España liberal —entendiendo por tal la que arranca en 1834 y acaba en 1936—, periodo al que corresponden los libros de los que trataremos, individuos como Alcalá Galiano, Donoso Cortés, Bravo Murillo, Prim, Sagasta, Castelar, Nicolás Salmerón, Alfonso XII, Francisco Silvela, Alfonso XIII, Antonio Maura, Eduardo Dato, Canalejas, el conde de Romanones, Santiago Alba, Lerroux, Azaña, Fernando de los Ríos, Negrín o Largo Caballero, por citar sólo los personajes más destacados, de ámbito nacional, español, han sido objeto de investigaciones que han iluminado tanto su figura como la época en la vivieron y contribuyeron a conformar¹. En el siguiente ensayo se analizarán cuatro biografías de personajes pertenecientes a la época citada, aunque en el caso de Juan March se prolonga bastante más de 1936.

El personaje más antiguo de los que tratan estas biografías es Isabel II, nacida en 1830. La obra de Isabel Burdiel —que mereció el Premio Nacional de Historia en 2010— podría servir especialmente para desmentir la afirmación del, por otra parte, eminente historiador de la República y el Imperio romanos, el neozelandés afincado en Oxford, Sir Ronald Syme, quien escribió que «las biografías son el enemigo de la historia. Tienden a la fábula y a la leyenda y exaltan el individuo a expensas de la historia social y de los grandes acontecimientos y fuerzas de poder en el mundo»². Le-

¹ El «espléndido momento por el que atraviesa la escritura de biografías en España» lo afirma Santos JULIÁ: <http://www.tendencias21.net> (abril de 2012). En el mismo sentido, Miguel MARTORELL LINARES: *José Sánchez Guerra. Un hombre de honor (1859-1935)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 14, afirma que «la biografía goza hoy de una excelente salud en medios académicos y atrae el interés del público en general». Un exponente de la revalorización del género biográfico en España en los años ochenta del pasado siglo es el artículo tantas veces citado de Antonio MORALES MOYA: «En torno al auge de la biografía», *Revista de Occidente*, 74-75 (julio-agosto de 1987) pp. 61-76. En Francia, el fenómeno tuvo lugar en las mismas fechas: François DOSSE: *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2011, p. 21. No se incluyen las referencias bibliográficas de las biografías sobre los personajes indicados —por otra parte, bien fáciles de encontrar—, para no agotar el espacio de este artículo.

² Cita de Syme, correspondiente a *Roman papers*, Oxford University Press,

jos de centrarse exclusivamente en el personaje en detrimento de su entorno, la biografía de Isabel II es, además de un penetrante análisis de la personalidad de la reina, quizás la mejor historia política de que disponemos actualmente sobre su reinado.

Isabel II no es precisamente un personaje del que se haya escrito poco. Ya en su época se ocuparon de ella numerosos autores, algunos a favor y, la mayoría, en contra. A comienzos del siglo XX, Benito Pérez Galdós y Ramón María del Valle Inclán ofrecieron distintas imágenes de la reina; el primero, compasiva y comprensiva, el segundo, cruel y esperpéntica. Después llegarían las biografías de Pedro de Répide, Pierre de Luz y Carmen Llorca y, más recientemente, entre otras, las de José Luis Comellas y Germán Rueda. Al leer el libro de Isabel Burdiel, sin embargo, se tiene la impresión de la más absoluta novedad, de conocer cosas de las que nada sabíamos antes. Y ello gracias a la utilización de nuevas fuentes, entre las que destaca el Archivo de la Reina Gobernadora, María Cristina de Borbón, depositado en el Archivo Histórico Nacional, la documentación francesa —tanto diplomática como de la policía—, y la británica, procedente del *Public Record Office*. Burdiel ha sabido engarzar con arte éstas y otras muchas fuentes más conocidas, junto con la bibliografía existente, en una narración fluida que hace fácil y sumamente interesante de la lectura de su libro.

La imagen personal de Isabel II que transmite la autora es la de una figura patética, con un enorme desorden mental y afectivo, rodeada siempre de mentiras y confusión. Con aquella personalidad, como cabe suponer, Isabel II no desempeñó adecuadamente la difícil tarea encomendada a la Corona en la primera etapa de la monarquía constitucional. Pero la autora no atribuye a la reina la responsabilidad única y suprema del fracaso político de su reinado: «la capacidad de desestabilización política que tuvo la Corona, y en concreto la reina Isabel II, no fue la causa última de la falta de consenso del liberalismo isabelino sino su mejor exponente». Dado el poder de que dispuso, si hubiera querido y sabido, Isabel II podía haber consolidado aquella primera experiencia constitucional, pero ni quiso —señala Isabel Burdiel—, porque siempre trató de afirmar su poder frente a los partidos y al Parlamento, ni supo orientar eficazmente la política en un sentido determinado. Es bien cono-

1979-1991, en Javier ARCE: «Sir Ronald Syme: la historia romana», *Revista de Occidente*, 152 (1994), p. 40.

cida la aversión que la reina sentía por los progresistas, pero la historiadora también rechaza la caracterización de Isabel II como «la reina de los liberales moderados» ya que para serlo tendría que haber sido primero liberal —«y nunca lo fue»—, y haber controlado y puesto a su servicio «de manera sólida y efectiva, las dispersas fuerzas del moderantismo», cosa que tampoco hizo. El resultado de todo ello, concluye, fue «un laberinto político, cada vez más intrincado, que puso a todos y a todo en tela de juicio»³.

Nacido en el reinado de Isabel II, en 1840, Germán Gamazo no nos era desconocido en absoluto. El primero de sus biógrafos, Félix de Llanos y Torriglia, nos transmitió una imagen del mismo como «el buen cacique», una especie de paternalista aristócrata inglés del siglo XVIII que velaba por el bienestar de los habitantes de su condado —en este caso, la provincia de Valladolid—. Posteriormente, José Varela Ortega lo presentó como uno de los personajes paradigmáticos de la Restauración, un eficaz patrono que derivaba su influencia política del cultivo de una clientela personal —gracias al control de los recursos administrativos—, más que de la representación de los intereses generales. Esther Calzada del Amo, por su parte, nos ofrece una perspectiva completa del personaje que, desde luego, está mucho más cerca de la pragmática de Varela Ortega que de la idealizada de Llanos y Torriglia. El Gamazo de Calzada del Amo es un hombre calculador en todos los aspectos de su vida, y un político trabajador, hábil, «oportunista» (como él mismo se definió en relación con la política económica), en cuyo comportamiento destaca, sobre todo, la «cautela». «Para el gran público burgués —escribe Esther Calzada—, Gamazo se había tomado el Ministerio como si de un trabajo a jornal se tratara: esforzado y laborioso, pero sin que apuntara muy bien el alcance de sus golpes de pico y pala [...]. No se atribuía a Gamazo la lúcida visión de un estadista». Una caracterización que, por otra parte, «no era [...] muy diferente de la que él mismo había tratado de labrarse con sus paisanos de la Liga Agraria apareciendo como defensor de los intereses ligados a la tierra, trabajador sin freno por la mejora fiscal de las “clases productoras” y promotor de ambiciosos proyectos»⁴.

³ Isabel BURDIEL: *Isabel II (1830-1904). Una biografía*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 21-22.

⁴ Félix de LLANOS Y TORRIGLIA: *Germán Gamazo, el sobrio castellano*, Madrid, Espasa Calpe, 1942; José VARELA ORTEGA: *Partidos, elecciones y caciquismo*

El libro se compone de dos grandes capítulos dedicados al análisis de la trayectoria profesional y política de Gamazo y a sus bases económicas y sociales. El primero de ellos arranca con el análisis de los modestos orígenes familiares en Boecillo —un pequeño pueblo cercano a Valladolid— y analiza con detenimiento sus actuaciones al frente de los ministerios de Fomento, en dos ocasiones, Ultramar y Hacienda. Entre otras muchas cuestiones, se trata de una especialmente polémica —el contrato, en régimen de monopolio, con la Compañía Trasatlántica del marqués de Comillas para los servicios postales marítimos y el transporte de tropas a Ultramar, cuestión en la que exculpa al ministro de la acusación de corrupción de que fue objeto—, y de otra, que alcanzó especial relevancia en Navarra, la conocida como «gamazada», en respuesta al proyecto de presupuestos de 1893. Gamazo se convirtió en el portavoz más destacado de la corriente proteccionista dentro del partido liberal, en oposición a la orientación librecambista que defendía Segismundo Moret y —ayudado por su cuñado y quien había de ser su heredero político, Antonio Maura— aspiró inútilmente a arrebatar el liderazgo liberal a Sagasta, en la coyuntura del 98.

Las bases económicas y sociales del personaje son el tema del otro gran capítulo del libro. En él se analiza detenidamente el considerable «capital económico» que reunió gracias al patrimonio heredado, el conseguido a través del matrimonio y el ganado en los tribunales y la política. Respecto a sus estrategias inversoras, la conclusión es que se trató de «un hombre económicamente muy activo, que moviliza inmediatamente los beneficios monetarios para su capitalización [...]; de tendencias conservadoras en su actividad inversora, como en otros órdenes de la vida, prefiere la seguridad de la tierra». En el otro apartado dedicado al «capital simbólico» se estudian los valores relacionados con la familia —hombres y mujeres, padres, hijos y sirvientes—, la religión, las formas de vivir —el hogar, el trabajo, el tiempo libre y las vacaciones— y de morir, con una conclusión que se resumen en el título: «la atracción de lo burgués»⁵.

en *la Restauración, 1875-1900*, Madrid, Alianza Editorial, 1977, y Esther CALZADA DEL AMO: *Germán Gamazo. Poder político y redes sociales en la Restauración (1840-1901)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 156-157.

⁵ Esther CALZADA DEL AMO: *Germán Gamazo...*, p. 432.

Más olvidado por la historiografía es el personaje del que se ocupa Miguel Martorell, el cordobés José Sánchez Guerra, del que sólo se disponía hasta ahora de una biografía, la de Luis Armiñán, de 1948. Una falta de atención que contrasta con la relevancia pública y la popularidad que Sánchez Guerra tuvo en su época, patente en dos fotografías incluidas en el libro que muestran el enorme gentío que esperaba en las puertas del Teatro de la Zarzuela de Madrid, el 27 de febrero de 1930, para asistir al discurso que el político había de pronunciar, y la multitud que acompañó su cortejo fúnebre por las calles de la capital el 27 de enero de 1935.

La trayectoria política de Sánchez Guerra fue singular, en cierta medida opuesta a la del que fue su jefe político durante casi veinte años, Sagasta, ya que si éste pasó de revolucionario condenado a muerte, a ministro de la Gobernación, aquél siguió el camino en sentido contrario y después de ser el «símbolo viviente del conservadurismo político y el orden social» se dedicó, con cerca de setenta años, a conspirar y promover un levantamiento armado contra la dictadura de Primo de Rivera. Trayectoria que le lleva a Miguel Martorell a aceptar la caracterización que Sánchez Guerra hizo de sí mismo como «un hijo de la revolución de septiembre», de 1868, identificado con el sistema constitucional y las libertades públicas⁶.

En el libro se analizan con detalle las bases del arraigo electoral de Sánchez Guerra en Córdoba y las cuatro etapas principales de su dilatada e intensa carrera, que comenzó como cronista parlamentario del periódico liberal sagastino *La Iberia*, en 1879, y acabó como diputado en las Cortes Constituyentes de 1931. La primera de ellas, de 1886 a 1913, se distinguió por la adhesión de Sánchez Guerra a la facción liberal de Germán Gamazo y Antonio Maura y su conversión en el brazo derecho de este último, a quien acompañó en su paso del partido liberal al conservador, en 1902; Maura le hizo subsecretario de Ultramar en 1893, ministro de la Gobernación en su primer gobierno y de Fomento en el segundo. La siguiente etapa, de 1913 a 1921, se caracteriza por su alejamiento de Maura —cuando éste decidió automarginarse del turno de partidos— y su alineamiento con Eduardo Dato, con quien fue nuevamente ministro de la Gobernación en 1913, y también en 1917, teniendo que hacer frente entonces a los retos que no sólo al go-

⁶ Miguel MARTORELL LINARES: *José Sánchez Guerra...*, pp. 383 y 350.

bierno, sino a todo el sistema político plantearon la Asamblea de Parlamentarios, las Juntas Militares de Defensa y la huelga general revolucionaria. En este periodo también intervino decisivamente en la reforma del Reglamento del Congreso de los Diputados, en 1918, Cámara de la que fue presidente entre 1919 y 1922. La tercera etapa, de 1921 a 1923, consistió en la sucesión de Dato en la jefatura del partido conservador, tras el asesinato de aquél, y la presidencia del gobierno en 1922, desde el 8 de marzo hasta el 5 de diciembre. Al frente del Ejecutivo, Sánchez Guerra restableció las garantías constitucionales en todo el país, a pesar de la oposición del gobernador civil de Barcelona, el general Martínez Anido, a cuyos métodos de guerra sucia se opuso por completo, y a quien terminó cesando de su cargo; asimismo, el gobierno disolvió las Juntas Militares de Defensa, y adoptó la medida que habría de tener mayor trascendencia: el envío al Parlamento del expediente elaborado por el general Juan Picasso, sobre las causas del desastre de Annual, ocurrido en 1921, y que abriría el debate sobre las responsabilidades políticas del mismo.

La última etapa de la vida política de Sánchez Guerra tuvo lugar durante la dictadura, que nunca aceptó. Desde 1927 lideró la oposición a Primo de Rivera: se exilió en París, conspiró y dirigió una insurrección que fracasó, por lo que permaneció preso en el puerto de Valencia algo más de un año. Al mes siguiente de caer el dictador, en febrero de 1930, Sánchez Guerra, que había alcanzado «gran autoridad y popularidad inmensa», pronunció un discurso en el Teatro de la Zarzuela de Madrid en el que denunció públicamente al rey por su complicidad con la dictadura contribuyendo así a la caída de la Monarquía. No obstante, resistió las presiones para que se convirtiera en «el Thiers español» —el monárquico que presidió la Tercera República francesa— y, siguiendo el ejemplo de consecuencia de Castelar —que, a fines de los años ochenta del siglo XIX, se mantuvo en el campo republicano a pesar de reconocer la conveniencia de la Monarquía—, continuó siendo monárquico y aceptó el encargo de Alfonso XIII de formar gobierno en febrero de 1931. Elegido diputado para las Cortes Constituyentes de 1931, se apartó de la vida pública en 1932, por su estado de salud, y murió en enero de 1935⁷.

⁷ Entrecuillados *ibid.*, pp. 445 y 429.

El último de los personajes biografiados, Juan March, excede tanto el ámbito cronológico como el temático de los anteriores, ya que, aunque desarrolló gran parte de su actividad durante las primeras cuatro décadas del siglo xx, ésta se prolongó hasta la segunda mitad del siglo, y abarcó no sólo la política, sino también, y especialmente, la economía o, más bien, el espacio que comparten ambas. La fama de Juan March alcanzó pronto una dimensión nacional: en 1916 fue citado en el Senado como el más importante de los contrabandistas de tabaco en España; en 1934, el periodista Manuel Domínguez Benavides publicó *El último pirata del Mediterráneo* —de acuerdo con el calificativo que le había dado Cambó— y desde entonces se han sucedido numerosos estudios sobre su persona. No obstante, la figura de Juan March, a juicio de Eugenio Torres, seguía instalada «en el terreno de la leyenda más que en el de la investigación histórica rigurosa»⁸. Llevar a cabo ésta es el propósito de Mercedes Cabrera, que cuenta con el grave inconveniente de la inexistencia del archivo personal del empresario, quien, en su afán por mantenerse en la sombra, ha sido llamado «el hombre más misterioso del mundo»; una circunstancia que obliga a la autora a moverse frecuentemente el terreno de las conjeturas.

Lo primero que llama la atención es que, tratándose de un empresario, el eje de su biografía no sean sus iniciativas económicas, sino las principales etapas políticas que se sucedieron durante su vida y es que, en el caso de Juan March, economía y política estuvieron siempre estrechamente unidas. No es de extrañar que la autora, especialista en las complejas relaciones entre una y otra, se sintiera interesada por el personaje hasta el punto de dedicarle muchos años de investigación.

La actividad de Juan March —que abandonó pronto sus estudios sin obtener ningún título— se inició en Mallorca, en una pequeña empresa familiar dedicada a la comercialización de productos agrícolas —en particular, el cerdo—, la concesión de préstamos y la compra-venta de parcelas. Pero lo que le llevó a enriquecerse rápidamente fue el contrabando de tabaco desde el norte de África a las costas españolas del Mediterráneo. Sobre esta base, se con-

⁸ Eugenio TORRES: «Juan March Ordinas (1880-1962)», en *id.* (dir.): *Los 100 empresarios españoles del siglo xx*, Madrid, LID, 2000, citado por Mercedes CABRERA: *Juan March (1880-1962)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 14, y Pere FERRER: *Juan March. El hombre más misterioso del mundo*, Barcelona, Ediciones B, 2008.

virtió en productor de tabaco en Orán y Argel, y obtuvo el monopolio de su venta en la zona del protectorado español de Marruecos. Aprovechó las oportunidades brindadas por la Gran Guerra, aumentando sus actividades financieras y las relativas al negocio naviero, e inició sus inversiones en las industrias química, de fertilizantes y petrolífera; abasteció a las potencias aliadas, de forma pública y, posiblemente también, de forma clandestina, a los submarinos alemanes; e hizo su desembarco en la política balear, en la facción de Santiago Alba del partido liberal, como representante de «un capitalismo moderno capaz de romper las inercias isleñas», en contra de «las grandes familias aristocráticas terratenientes y conservadoras», para lo cual buscó el apoyo de las clases populares (llegó a financiar la construcción de una magnífica Casa del Pueblo en Palma)⁹.

La amistad con Alba le creó problemas al inicio de la dictadura de Primo de Rivera, que intensificó la lucha contra el fraude que el contrabando suponía para la Hacienda. Pero March consiguió revertir la situación y, gracias al apoyo que prestó con sus periódicos a la política de Primo de Rivera en Marruecos, obtuvo de éste el monopolio del tabaco en Ceuta y Melilla. Al llegar la República, transformó su partido liberal en un partido de centro republicano, siendo elegido nuevamente diputado; resistió los primeros ataques del fiscal de la República, pero no pudo con el Comité de Responsabilidades, que le envió a la cárcel, donde estuvo más de un año. Se fugó y financió la sublevación militar con una cantidad ingente de dinero que no es posible precisar, en condiciones de las que supo sacar provecho personal. En los primeros años del franquismo medió en el soborno británico a altos jefes militares —«los caballeros de San Jorge»— para favorecer la neutralidad española en la guerra mundial, y contribuyó a las conspiraciones monárquicas, pero al poco tiempo estableció una estrecha relación con el ministro de Industria y presidente del INI, Juan Antonio Suanzes, que le permitió hacer el que probablemente fue el mayor negocio de su vida, la adquisición de la compañía eléctrica *Barcelona Traction*. Al morir, en accidente de automóvil, en 1962, se le consideró como uno de los tres hombres más ricos del mundo. En 1957 había creado la Fundación que lleva su nombre contribuyendo al de-

⁹ Mercedes CABRERA: *Juan March...*, p. 81.

sarrollo cultural del país y a la adquisición de grandes equipos para hospitales y centros de investigación.

Unas reflexiones generales

Las cuatro biografías estudiadas comparten un estilo similar, más próximo al modelo anglosajón, caracterizado por su empirismo, que al modelo francés, con mayor tendencia a lo literario¹⁰. De todas ellas destaca, en primer lugar, el enorme caudal informativo que proporcionan, gracias a la consulta exhaustiva de la bibliografía existente y a la utilización de fuentes inéditas, procedentes de archivos nacionales y extranjeros, privados y públicos. También el material gráfico excelente, con numerosas ilustraciones.

En segundo lugar, cabe señalar la razonada interpretación que los autores hacen del comportamiento de sus personajes. Antonio Muñoz Molina ha distinguido entre los biógrafos «romos», que sólo acumulan datos, los «iluminados», que «deducen significados profundos de cualquier nadería, o retuercen los episodios de la vida o de la obra para ajustarlos a una teoría», y los que muestran «curiosidad hacia la vida, amor por la obra, [y] deseo de transmitir con claridad el saber que han adquirido»¹¹. Sin duda, nuestros autores pertenecen a esta última categoría. Sus interpretaciones —que han quedado muy resumidas en las páginas anteriores— son, naturalmente, discutibles, pero siempre lógicas y bien fundamentadas.

En tercer lugar está el hecho de que se trata de rigurosos productos historiográficos. Prácticamente, no hay párrafo que no vaya acompañado de una nota a pie de página donde, como quería Ranke, se identifican las fuentes de información. Por supuesto que, como en cualquier historia escrita, la huella del autor está presente en la elección, presentación e interpretación del material. Pero el lugar dejado a la imaginación es muy escaso. Hasta las recreaciones de lugares y ambientes se hacen generalmente con textos de época. La documentación supera con mucho a la literatura. Podría argumentarse que esto empobrece los retratos biográficos. A veces,

¹⁰ François DOSSE: *El arte de la biografía...*, p. 18.

¹¹ Antonio MUÑOZ MOLINA: «El misterio de Herman Melville», prólogo a Andrew DELBANCO: *Melville. Su mundo y su obra*, Barcelona, Seix Barral, 2007, pp. VII-XV.

las recreaciones literarias o cinematográficas de cualquier personaje tienen mayor profundidad, penetran en estratos más profundos de su conciencia y son más conmovedoras. Pero su compromiso con la verdad —la verdad relativa que podemos alcanzar— es mucho menor. Las biografías estrictamente históricas, como las que estamos considerando, son necesariamente más limitadas, pero establecen las bases de lo que podemos afirmar con bastante certeza de alguien, lo cual no es poco. Por otra parte, lo que hace relevantes a los personajes estudiados aquí es su actuación pública y no los recovecos de su personalidad, ni otros aspectos de su vida privada. Y en el análisis de lo que nos interesa, los autores de estas biografías sí despliegan la suficiente imaginación para recrear las situaciones en las que aquéllos se encontraron y ofrecer explicaciones razonadas de su comportamiento.

Y en último lugar, tenemos la cuestión de la ejemplaridad de los personajes unida a la identificación de los autores con ellos. A la biografía se le ha otorgado frecuentemente la función de proporcionar modelos de comportamiento. De las cuatro personas estudiadas, Isabel II sirve, en todo caso, como un modelo negativo, de cómo no ser y hacer; el burgués Germán Gamazo, cauto y oportunista, resulta poco atractivo; el inmenso éxito económico de Juan March provoca quizás más asombro que admiración, y, aunque la autora queda indudablemente ganada, al final del libro, por «el filántropo» que crea la Fundación que lleva su nombre, no deja de señalar «la lamentable historia» del empresario —por decirlo con palabras del dictador Primo de Rivera—, llena de irregularidades e ilegalidades. Sólo Sánchez Guerra aparece como un modelo netamente positivo, como alguien a quien admirar, no tanto por lo que se destaca en el título del libro, «un hombre de honor», sino por su defensa de la Constitución y el Parlamento. En efecto, aunque Martorell valora positivamente la dignidad que llevó al personaje a no consentir ninguna ofensa personal o familiar —analizando el significado del concepto de honor a fines del siglo XIX y comienzos del XX, y los medios utilizados para su afirmación y defensa, como el duelo—, deja clara la lejanía entre aquel concepto de reminiscencias medievales y los criterios actuales de conducta. Por el contrario, la presentación de Sánchez Guerra como, quizás, «el mayor defensor de las instituciones parlamentarias en todo el siglo XX español» tiene una completa actualidad. Fue esta cualidad del per-

sonaje la que, nos dice el autor, llamó su atención desde el primer momento, gracias a unas palabras —desgraciadamente proféticas— de aquél al ocupar la presidencia del Congreso de los Diputados, en 1919, que repite en dos ocasiones¹². Es, por tanto, la biografía de Sánchez Guerra la única entre las aquí estudiadas en la que hay una considerable identificación entre el autor y el personaje, en la que éste se ha apropiado en cierta medida de aquél, lo que se traduce en una interpretación decididamente favorable del mismo.

Se hacía referencia al comienzo a la abundancia de biografías en la historiografía española contemporánea. Para concluir, quisiera señalar que, no obstante, todavía queda mucho por hacer. Aparte de que, como en cualquier tema historiográfico, siempre caben nuevas interpretaciones sobre el material ya conocido, hay otras figuras —sólo en el ámbito de la política nacional y en la época liberal— que esperan un primer tratamiento de acuerdo con las exigencias actuales. Por ejemplo, las regentes María Cristina de Borbón, cuyo riquísimo archivo está disponible, y María Cristina de Austria, de la que existe una documentación austriaca y alemana que espera ser consultada. Y también figuras centrales del mundo del progresismo o la izquierda de la Restauración, como Espartero, Salustiano Olózaga, Francisco Salmerón, Manuel Ruiz Zorrilla o Cristino Martos; y del moderantismo y el conservadurismo, empezando por el mismo Cánovas, cuya última biografía realmente ambiciosa y con material original es la de Fernández Almagro, de ¡1951!

¹² Miguel MARTORELL LINARES: *José Sánchez Guerra...*, pp. 11 y 259.